



BENEMÉRITA Y CENTENARIA ESCUELA NORMAL DEL ESTADO DE SAN LUIS POTOSÍ

TÍTULO: Nuevo amigo de los niños

AUTOR: José Rosas Moreno

FECHA: [1880]

PALABRAS CLAVE: Literatura infantil mexicana, Libros y lectura para niños, Literatura mexicana

NUEVO
AMIGO DE LOS NIÑOS

ESCRITO

Por José Ruíz

Y DEDICADO

A LAS ESCUELAS DE LA REPÚBLICA.



LA TIENDA IMPRENTA DE MURCIA,
Portal del Aguila de Oro.

Donación Dra. Dafne Evelia
Reyes Guerra, 23/Sept/2014

PRIMERA PARTE.

I.

El abuelito.

—Ahí viene nuestro amigo, el amigo de los niños! gritaron los chiquitines saltando de alegría.

—Buenos dias, hijos míos; ya voy, esperadme un momento, dijo el buen anciano tosiendo y asomando el rostro por la ventana.

—No tarde vd., exclamó con sonora voz un caballerito de seis años; ¡verá vd. qué mañana! queremos dar un paseo y que nos cuente una historia muy bonita, de esas en que hay niños y princesas encantadas y dragones. Venga vd. pronto.

—¡Eh! moderad vuestra impaciencia, picarillos; las piernas no son siempre jóvenes, y cuando ellas dicen ya no queremos, no hay remedio; mirad.... apenas puedo andar. Cuando llegueis adonde estoy, cuando llegueis á mi edad, sabreis que pesan más los desengaños que las esperanzas.

—¡Cuánto quiero yo al abuelito! dijo la niña María.

—¡Y yo tambien, y yo tambien!

—Perfectamente haceis en corresponder á mi cariño, dijo el anciano dirigiéndose á la puerta; de lo contrario seríais unos ingratos. La máxima dice

La gratitud es querida,
La ingratitud maldecida.

II.

El cuento de la Princesa.

En ese momento salió al campo.

Los niños le abrazaron cariñosamente.

—Vamos, pequeñuelos, aquí me teneis: ¿adónde quereis ir? De veras, ¡qué bonito está el tiempo! ¡Qué frescas y qué agra-

dables son las mañanitas de la primavera! ¡Qué dulce olor exhalan las violetas! ¡Cómo cantan los pajarillos entre las ramas!

—El cuento, abuelito, el cuento.

—¿Cuál quereis que os refiera? ¿el del hijo desobediente, ó el de la princesa que fué á lavar al rio la mancha de un remordimiento y no le bastó el agua; y luego fué al mar y lavaba, y lavaba, y la mancha aparecia más negra cada vez?....

—No, ese ya lo sabemos, por más señas que para borrar la mancha fué necesario lavarla con muchas, con muchas lágrimas.

—Es cierto, un remordimiento es una tortura terrible; no olvideis la máxima, hijos míos:

El menor remordimiento
Mancha el alma tanto, tanto,
Que solo lo borra el llanto
De eterno arrepentimiento.

—La historia, abuelito.

—Bueno, os contaré cosas muy bonitas y os haré ver espectáculos muy hermosos; pero antes que la diversion, es el deber; de rodillas, hijos míos, de rodillas.

III.

El himno del zentzontle.

—¿Qué dirá ese zentzontle que está cantando sin cesar? preguntó Eduardo.

—Os lo voy á traducir: escuchadme.

Los niños rodearon al anciano llenos de curiosidad.

—He aquí lo que canta:

¡Qué hermosa mañana,
Qué lindos colores,
Qué ambiente, qué flores,
Qué plácido olor!

El valle doquiera
Respira alegría;
¡Qué hermoso está el día!
¡Qué alegre estoy yo!

¡Bendito el sublime
Señor de los seres,
Que luz y placeres
Doquier derramó!

Mi vuelo El dirige
Solicito y tierno;
¡Bendito el Eterno
Que vida me dió!

IV.

¿Quién es Dios?

—¿Y quién es ese Sér al cual le debe la vida el zentzontle, abuelito?

—Es un Sér eterno, es decir, que no nació nunca, y que nunca ha de morir; antes de que existiera el mundo, El existia; antes de lo que podeis imaginar, El era; para El no hay tiempo; siglos y siglos pasarán, y El existirá siempre, siempre. Es un Sér Omnipotente, muy grande, muy bueno, muy justo, muy misericordioso.

—¿Y cuál es su nombre?

—Dios. Adoradle, amigos míos, bendecidle, amadle con todo vuestro corazón, si quereis ser dichosos. El es el Dios que vuestros padres invocan y bendicen.

—Sí, ya me acuerdo de la máxima, dijo Eduardo:

Cifra siempre tus amores
En el Dios de tus mayores.

—Y yo no he olvidado la otra, exclamó María:

Cifra en Dios tu amor, tu anhelo,
Y en tu alma tendrás un cielo.

V.

Las dudas de Juanito.

—Tengo una duda, exclamó Juanito.

—Vamos á ver, señor escéptico, dígala usted.

—Dios dió vida al zentzontle, bueno; pero ¿á las flores quién las hizo? ¿Quién les dió ese ropaje tan hermoso y esos perfumes tan blandos.

—Dios.

—¿Quién les dió alas y voz á los pajarrillos?

—Dios.

—¿Quién dió luz á los astros?

—Dios.

—¿Y quién hizo la tierra, el mar, la brisa, las fuentes, los grandes bosques, las montañas? ¿Quién hizo todo eso tan bello? ¿Quién te hizo á tí tan bueno, abuelito?

¿Quién me dió á mí un papá y una mamá que me quieren tanto? ¿Quién me dió la vida?

—Dios.

—¿Qué bueno es Dios! ¡Cuánto le amo! ¡Bendito sea!

—A cumplir vuestro deber, dijo el anciano; de rodillas todos, de rodillas.

VI.

El himno de los niños.

¡Gloria á tí, Dios poderoso!
¡Gloria á tí, sublime Dios!
Más que los cielos hermoso,
Más esplendente que el sol.

¡Gloria á tí, que el mundo llenas
De perfumes y de luz,
Y que en la playa encadenas
Las ondas del mar azul!

A tí, que al quererlo solo
Haces la vida brotar;
A tí que de polo á polo,
Todo mirándolo estás;

Que diste á la luz colores,
Frescura al bosque y verdor,

Y á la brisa sus rumores
Y al ave sonora voz.

Gloria á tí, que á cuanto existe
Sér y aliento y vida das;
A tí, que darnos quisiste
Una alma hermosa, inmortal.

Que así cual blanda fragancia
Pusiste en la blanca flor,
En nuestra plácida infancia
Pusiste el dulce candor.

Gloria á tí, padre querido,
Que con divina bondad
Le das al polluelo un nido,
Y al niño el paterno hogar.

Tu ternura omnipotente,
Madre nos dió, que ángel es
Que nos cubre dulcemente
Y ampara nuestra niñez.

Siempre tu nombre bendito
Por nuestras almas será,
Y tu poder infinito
Y tu excelsa inmensidad.

¡Gloria á tí, padre amoroso,
Fuente de vida y de amor!
¡Gloria á tí, Dios poderoso,
Gloria á tí, sublime Dios!

VII.

¿Dónde vive Dios?

—Yo quiero ver al buen Dios, exclamó Eduardo. ¿Cuándo vamos á visitarlo, abuelito?

—¿Pues dónde vive? preguntó cándidamente la niña María.

—El Dios santo, inmenso, omnipotente é infinito, autor de cuanto existe, está en todas partes, contestó el anciano sonriendo. En el umbroso bosque, en la espesura melancólica, canta el pajarillo himnos de gratitud, y allí está Dios, hijos míos; en la risueña pradera abre la flor su cáliz á la luz del día, y allí, contemplándola, velando por ella está tambien el Sér Sublime; la cristalina fuente en sus rumores dice su nombre, y él está junto á la fuente; su inmensidad llena el espacio; el mar, ya manso y apacible, ya ceñido de relámpagos, obedece á su soplo, y ora besa dulcemente las arenas de la playa, ora se agita rugiendo y azotándose estruendoso contra las rocas de la costa. Dios está en el mar,

Dios está en todas partes. Contemplad en el día el sol fulgente, su luz esplendorosa llena el mundo, y sin embargo, es muy pálida junto á la luz de Dios.

—Sí, dijo Juanito, ya me acuerdo de la máxima.

Dios es luz, y luz que asombra;

El Sol ante Dios es sombra.

VIII.

El cielo.

Contemplad el cielo en una noche serena, continuó el abuelito, vuestros ojos abarcan en una limitada esfera algunos millares de astros; pero mas allá el telescopio ve resplandecer en otra esfera más lejana nuevos mundos, y más allá de esa esfera hay otra esfera, y más allá otra, y otra más allá, y en todas flamean hermosos soles y giran incesantemente mundos y más mundos, y más allá de la última esfera se extiende el infinito, y en todas partes está la luz, y en todas partes está la grandeza y la inmensidad de Dios.

IX.

¿Y Dios no se cansa nunca?

—Más allá, repetía Juanito, más allá, más allá; y cuando se canse mi pensamiento?...

—Dios no se cansa nunca, exclamó el anciano con solemne voz. El, que es la inmensurable sabiduría, todo lo abarca, todo lo ve, vive en la eternidad y en el infinito.

—¿Es decir que me está viendo? dijo Eduardo.

—Sí, hijo mio, Dios se complace en contemplar á los niños buenos, puros é inocentes como tú. Dios está en todas partes.

—Y en mi casa está Dios? preguntó Juanito.

—Sí, hijo mio, Dios bendice con inmenso cariño la santa ternura, que es la atmósfera, la luz de que llenan las madres el hogar doméstico. Sobre la frente pura de tu santa madre el Sér sublime extiende sus alas y está siempre sonriendo.

—La máxima lo dice, exclamó María:

Doquier que la vista giras,
Presente á Dios has de hallar
En el espacio, en el mar
Y en el aire que respiras.

X.

¿Cómo no le veo?

—Yo quisiera decir una cosa, se atrevió á murmurar Alberto tímidamente.

—Dila, chiquitin, dila.

—Si es cierto que Dios está en todas partes, ¿cómo no le veo? yo he recorrido los bosques, las montañas, las llanuras, y no he visto á Dios.

—¡Ciego! exclamó el abuelito. Mira hacia el Oriente; ¿qué ves?

—La luz del sol.

—No hay sol, yo no le veo.

—No tardará en presentarse á nuestra vista, murmuró Eduardo.

—Dios; un día se presentará á los ojos de tu alma más fulgoroso y magnífico que el sol.

—Voy á recitar una fábula, abuelito, exclamó María.

—Bueno, hija mía, ya te escuchamos.

XI.

El niño y el sol.

Quando la aurora asomaba
En un bosque muy sombrío,
Triste y temblando de frío
Un niño ciego lloraba.

Luego del sol los fulgores
Brillaron en el Oriente,
Y dió murmullos la fuente
Y suspiraron las flores.

Al contemplar su arrebol,
En mil himnos de alegría
El pajarillo decia;
“Bendito, bendito el sol.”

Los labriegos lo miraban,
Y en acento cariñoso:
“¡Qué sol tan claro y hermoso!
Dios lo bendiga, exclamaban.”

¿Sol? dijo el ciego, ¡mentira!
¿Dónde está? yo no lo veo;
¿La luz? en la luz no creo,
Quien habla del sol, delira.

El sol entonces airado
Le dijo, palideciendo:

¡Estás mi calor sintiendo,
Y me niegas, desdichado!

Es el mismo de la ciega
Impiedad el proceder;
¡Siente de Dios el poder,
Y sin embargo, le niega!

XII.

Los ojos.

—¿Estás convencido, Eduardito? preguntó el anciano.

El niño no contestó.

—¿Qué ves allá á lo lejos?

—Un bosque muy grande y muy hermoso.

—¿Pero con qué lo miras?

—Con los ojos, abuelito, dijo el niño clavando en la venerable faz del anciano su dulce y límpida mirada.

—Tú no tienes ojos.

—Sí, abuelito.

—¿Te los ves acaso?

—No, pero los siento; con ellos os estoy mirando.

—Pues tu alma también tiene ojos, aun-

que tú no puedas verlos. ¿No los sientes? Con ellos estás contemplando á Dios. El, en su infinita Omnipotencia; te dió los ojos con que admiras la naturaleza, y los ojos del alma con que le miras á El.

—Y los labios para alabarle, dijo la niña María. Bendito sea el buen Dios, bendito sea!

XIII.

Las estaciones.

—Vamos al bosque á gozar de la frescura de la hermosa mañana, murmuró el abuelito.

—Vamos, exclamaron los niños; y alegres, expresivos, rientes y felices, se alejaron dispersándose por el campo como una bandada bulliciosa de pajarillos.

—Deteneos, hijos míos, deteneos, gritaba el anciano tosiendo; no puedo daros alcance. ¿Cómo quereis que la ancianidad corra al par de la juventud? La edad vuestra se precipita en la alegría y el aturdimiento; la mía se consume entre los recuerdos, los desengaños y la tristeza. La primavera tiene flores, brisas perfumadas

y apacibles rumores; el invierno solo tiene un ambiente frio, nieve y desolacion. Sin embargo, nuestros lábios deben bendecir á todas las estaciones.

La primavera y la infancia, traen las flores, la alegría y la inocencia; el estío y la juventud, las doradas ilusiones y los dulces sueños de felicidad y de amor; el otoño y la edad madura, los valiosos frutos y los pensamientos útiles y buenos; el invierno y la vejez solo traen nieve fria y tristeza, pero en el fondo de esa tristeza resplandece una luz celeste. Con todos sus infortunios, la vida, hijos míos, es un don de la Providencia, es un bien; sus más rudos dolores están compensados con el placer divino de la esperanza. Bendigamos la vida, bendigamos á Dios.

XIV.

Los labradores.

—Mira, abuelito, dijo Eduardo; en aquel campo lejano los labradores comienzan á recoger las doradas espigas.

—¡Y cómo van corriendo, corriendo y

qué risueños y qué dichosos parecen! exclamó María.

—El trabajo honrado, sonrie siempre, dijo el abuelito.

—Sí, ya me acuerdo de la máxima:

Tras del trabajo, hijo mío,
Siempre el contento nos queda:
Donde el trabajo se hospeda
No vive nunca el hastío.

—El que siembra recoge; sembrad el bien y recogeréis felicidad; si sembráis el mal, cosechareis pesares, remordimientos y desdichas.

—Otra máxima, abuelito.

—Dila, hija mia.

Quien siembra viento y maldades
Cosechará tempestades.

XV.

Seguid adelante.

—Prosigamos nuestro camino, que la aldea está lejos.

—Sí, exclamó la niña, si no marchamos no llegaremos.

Marcha, marcha y llegarás:
Aquel que al cansancio cede
Y cobarde retrocede,
No puede llegar jamás.

—Ah, picarilla, eres un tesoro de sabiduría, dijo el anciano acariciándola.

—¿Vamos, abuelito?

—Vamos, pequeñuelos, vamos. La infancia es siempre impaciente.

Los niños comenzaron á correr.

XVI.

La casita.

Al terminar el bosque, vieron una casita blanca que se elevaba graciosa al pié de una colina, entre hermosos y floridos limoneros.

Mil gritos de alegría la saludaron.

—¿Descansamos, abuelito?

—Os complaceré, hijos míos.

—¡Qué árboles tan bonitos! exclamó María.

—Cuando la señora Berta, que es quien habita esta casa, era tan pequeña como vosotros, plantó los árboles que estais mi-

rando, y la inocente se desesperaba porque no crecían, y porque no daban sombra ni fruto.

—¿Y qué sucedió?

—Mirad ahora, mirad que hermosa sombra y que sabrosos frutos le ofrecen á la buena mujer. Os lo repito, hijos míos, sembrad y recogeréis.

—¡Y qué dulce es el perfume del azahar!

El alma buena, es también un árbol cuyo fruto es el bien: el aroma de la virtud es más dulce, hijos míos, que el de las flores de los limoneros. Procurad que vuestras alma esté perfumada siempre por las buenas acciones. Prosigamos.

Los niños no se hicieron repetir la orden.

Cuando atravezaban el pequeño jardín de la casita rústica, llegó á sus oídos una dulcísima voz, y se detuvieron.

—¿Quién canta, querido abuelito? preguntó Eduardo.

—Una mujer á quien inspira el santo, el sublime amor maternal. Escuchemos.

XVII.

Cancion de la madre.

¡Oh niño á quien adoro!
 Mi vida, mi tesoro,
 Mi única gloria ya;
 Duerme en tranquila calma,
 Dicha y placer del alma,
 Duerme, mi dulce niño,
 Que el maternal cariño
 Por tí velando está.

Pienso en mi amante anhelo,
 Que sueñas con el cielo,
 Al verte sonreír;
 Pues tu inocencia pura
 Dios mira con ternura,
 Y un ángel muy hermoso
 Sus alas cariñoso
 Extiende sobre tí.

Hijo del alma mia,
 Mi gloria, mi alegría,
 Mi dicha, mi placer,
 Duerme tranquilamente,
 Que en tanto que inocente
 Feliz aquí reposas,
 Con voces armoniosas
 Tu sueño arrullaré.

Dios quiera que el inmundo,
 El cieno vil del mundo
 No manche tu candor;
 Dios quiera que luchando
 No vivas suspirando,
 Cual yo que triste lucho,
 Y que me quieras mucho
 Como te quiero yo.

¡Con qué placer te miro!
 ¡Cuánto por tí suspiro!
 Tú eres mi bien, mi luz;
 Gozosa yo daría
 La dicha, la alegría,
 La gloria lisonjera,
 Y la existencia entera
 Porque gozaras tú.

¡Oh niño á quien adoro!
 Mi vida, mi tesoro,
 Mi única gloria ya;
 Duerme en tranquila calma,
 Dicha y placer del alma,
 Duerme, mi dulce niño,
 Que el maternal cariño
 Por tí velando está.

XVIII.

Todas las madres son buenas.

—¡Qué canción tan bonita! exclamó Eduardo conmovido.

—Yo estoy llorando de placer, murmuró Juanito.

—La letra no vale gran cosa, dijo el abuelito; pero teneis razon, hijos míos, el amor maternal la embellece.

—¡Qué madre tan buena! exclamó María.

—Mi mamá es más buena que ninguna, se atrevió á decir Alberto.

—No; lo es la mía.

—No; la mía.

—Casi todas las madres son buenas amigos míos; el amor santo que las inspira es un amor del cielo.

—Allá vá la máxima, abuelito.

Nadie á una madre es igual,
La dicha su amor encierra;
Y no hay amor en la tierra
Como el amor maternal.

—Perfectamente, señorita, exclamó el anciano.

XIX.

La mamá de Juanito.

—Eso es cierto, dijo Juanito: ¿quién me ha de querer á mí como mi mamá? Una vez estaba yo muy contento, muy contento y corría por todas partes y saltaba, y ella sonreía al verme. Otra ocasión estaba no sé por qué muy triste, muy triste, y figúrense ustedes, al mirarme así mi mamá comenzó á llorar.

—¿Por qué lloras, mamá, le pregunté.

—Porque tú estás triste.

—Pues voy á ponerme muy alegre para que no llores.

Ella entonces me estrechó en sus brazos diciéndome: «hijo de mi corazón.»

Ella me acaricia siempre con más ternura que nadie: no lo vais á creer, pero me parece que sus caricias son más suaves que las de mi pensamiento, ella me guía, me cuida, vela mi sueño evitándome el mal; adivina mis deseos, me arrulla con dulces canciones, se mira en mis ojos, llena de luz mi inteligencia y sobre todo, me enseña á

amar á Dios; procura hacerme bueno, y se complace en que yo bendiga el nombre de mi papá.

¡Es tan buena, tan buena, y me ama tanto! que ¿cómo no la he de amar?

—Venerar á vuestros padres, hijos míos, es uno de vuestros más sagrados deberes: respetadlos, obedecedlos, seguid sus consejos, y procurad ser un día, el apoyo y la gloria de su vejez.

—Voy á decir dos máximas, abuelito.

—Bien, ya escuchamos.

Seca de tu padre el lloro;

† Sus palabras cual tesoro
Guarda, aunque de él estés lejos,
Que de un padre los consejos
Son más preciosos que el oro.

Y con acciones impías

Nunca su pecho taladres,

Que Dios llena de alegrías

Y hace felices los días

Del niño que honra á sus padres.

Si mil siglos viviéramos consagrados exclusivamente á corresponder con amor y gratitud, el cariño y los beneficios que de-

bemos á nuestros padres, todavía no alcanzaríamos á pagarles debidamente.

En ese momento la Sra. Berta suspiraba, por decirlo así, el final de la canción:

¡Oh niño á quien adoro!

Mi vida, mi tesoro,

Mi única gloria ya,

Duerme en tranquila calma,

Dicha y placer del alma,

Duerme, mi dulce niño,

Que el maternal cariño

Por tí velando está.

XX.

Un hermoso cuadro.

Los traviesos chicuelos, subiéndose sobre un banco del jardín, se asomaron á la ventana.

A sus ojos se presentó un cuadro tan poético como sublime.

El hermoso niño sonreía en la cuna dulcemente. La madre sonreía también.

Aquellas castas sonrisas solo eran interrumpidas por la armonía inefable de los maternos besos.

El niño al fin se quedó dormido.

Un rayo del sol naciente iluminaba su hermoso semblante.

La madre andando de puntillas, fué á cerrar una cortina para interceptar aquel rayo importuno.

Después se arrodilló piadosamente ante un hermoso crucifijo.

XXI.

Oracion de una madre.

Dios de amor, mira mi duelo;
Tú que al mundo redimiste,
Tú que la muerte sufriste
Por conquistarnos el cielo;
¡Dios de amor! sublime y santo,
De mi llanto
Apiádate cariñoso:
Tú eres el Dios poderoso,
De los hombres cres padre;
Por tu infinito cariño,
Da la dicha al pobre niño
Y ten piedad de la madre

Profundamente conmovido y con el corazón palpitante, escuchó el anciano en

religioso silencio la ferviente oracion de la madre, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No os asombreis, hijos míos; el anciano al tocar las puertas del sepulcro, piensa todavía con inefable ternura en su amorosa madre.

Vosotros en vuestra última edad, cuando podais comprender la grandeza incomparable del amor materno, bendecireis sollozando como yo, á vuestras madres. Sed siempre buenos, amigos míos, y sereis dichosos. Oid la máxima.

Hijo bueno y amoroso,
Es por doquier venturoso.

Lentamente las rodillas del anciano fueron doblándose y tocaron al suelo.

Los primeros rayos del sol formaban sobre su blanca cabellera una magnífica aureola.

—Venid, hijos míos, dijo con acento inspirado; bendecid á vuestras madres y rogad á Dios por ellas.

Los niños se arrodillaron.

XXII.

Oracion de los niños.

Eduardo con voz conmovida, recitó una fervorosa oracion.

Justo Dios, en tí confío;
Tú amas al niño inocente,
Y cariñoso y ferviente
Me acerco á tí, padre mío.

Tu divina inspiracion
Lleva á tu trono mi anhelo;
Oye piadoso en tu cielo
La voz de mi corazon.

Voy en el mundo angustioso
Triste senda á recorrer;
Mas ¿qué tengo que temer,
Si eres mi padre amoroso?

Tu bondad mi padre adora;
Que oyes con dulce cariño
El tierno acento del niño
Cuando amoroso te implora.

Yo bien sé que tú me amparas,
Porque tu imagen besando

Mi santa madre, llorando,
Te dijo que me ampararas.

De los hombres eres padre,
Padre, y rey, y Dios del hombre:
Deja que padre te nombre,
Y da la dicha á mi madre.

Por tu infinita ternura,
Por tu inmenso poderío,
Por tu bondad, padre mío,
Dá á mis padres la ventura.

—Habeis cumplido uno de vuestros más sagrados deberes, dijo el anciano radiante de felicidad; cuando los niños ruegan por sus padres, Dios sonríe en el cielo tiernamente.

XXIII.

¿Qué sería del pobre niño?

Los pequeñuelos volvieron á asomarse á la ventana.

Al ver tantas caricias, tanta ternura, tanto amor; Eduardo exclamó conmovido: ¿qué sería del pequeño niño sin el apoyo de una madre?

—¿Qué sería de los peces sin el agua,

qué de las plantas sin la luz, del ave sin el nido, y de nosotros sin la atmósfera que respiramos? ¿Qué sería del alma sin la esperanza? ¿Sabeis lo que es una madre, amigos míos? Una madre es la santa y desinteresada ternura, el heroico y sublime sacrificio, la resignacion, la inmensidad del amor. Una madre es casi un ángel, á veces es una imágen de la Providencia. El hombre nace tan pequeño, tan débil, tan miserable, que el Sér infinito, en su amor, quiso darle una guía cariñosa y un custodio. La madre alimenta al niño, apaga sus gemidos con dulces besos, le da calor con su aliento, le arrulla, vela su sueño, adivina sus pensamientos y sus deseos, aun no expresados por palabras; enjuga amorosa su llanto, y llega por fin á arrancarle inefables sonrisas de gratitud. ¿Sabeis lo que una madre sufre por su hijo? ¿Seríais capaces de comprender la grandeza de su sufrimiento? ¡Una madre! Imaginaos lo más bello, lo más santo, lo más tierno que en la tierra puede existir. Pero ¿qué digo? Tocad vuestra frente; en ella permanece húmeda aún la huella del beso de vuestra santa madre. Qué hubie-

ra sido de vosotros sin el amparo del amor materno? ¿Qué es del pobre huérfano? ¡Ah! si no tuviérais madres, vuestro corazón estaría lleno de tinieblas. ¿Quién os ha enseñado el nombre de Dios, quién os ha hecho buenos y virtuosos?

—Mi mamá, exclamó un niño.

—Mi mamá, repitió otro.

—Mi mamá.

—Mi mamá.

—Las madres, dijo el abuelito, son para los niños una amorosa providencia. ¿Qué sería de los pequeñuelos si no tuvieran el amparo del amor materno?

XXIV.

El afán del pajarito.

El pajarito volaba, volaba de una rama á otra, llegaba al valle, le recorria presuroso y comenzaba de nuevo su carrera y volvía á su nido.

—¿A dónde vas, amigo mío, preguntó María; por qué tienes tanto afán? Hace una hora que vas y vuelves, y no descansas.

sas un instante. ¿Qué buscas, qué te falta? Me está causando pena tu agitacion.

Pí, pí, pí, pí, cantaba el pajarito.

—¿Qué dice? preguntó Eduardo.

—Os lo voy á traducir.

“Mi hijo tiene hambre, y llora, y yo no puedo verlo sufrir. ¡Le quiero tanto! En el valle hay granos de trigo muy hermosos. ¡Y cómo le gustan al pequeñuelo! ¡Cuánto gozo yo al ver su complacencia! Oid su dulce canto, oid. Yo nada he comido; pero ¿qué importa? ¡qué dichoso soy! Hijo, espera; aquí voy ya; no te asustes; hijo mio; hijo de mi corazon....”

El pajarillo agitó sus alas, llegó á su nido, y dió á su pequeñuelo el hermoso grano que llevaba.

—Amad á vuestros padres, amigos míos, exclamó el abuelito derramando lágrimas, amadlos y bendecidlos.

XXV.

Una limosna por amor de Dios.

—Una limosna por amor de Dios, murmuró un anciano con acento doloroso.

A su lado temblaba de frio un pequeño niño, pálido, doliente, enflaquecido, medio cubierto con miserables harapos.

—La Caridad os habla, oid su voz, dijo el abuelito.

—Tomad, pobre hombre, exclamó María; tomad este pedazo de pan que yo guardaba para comerlo en el bosque.

—El cielo os bendiga, dijo el anciano sollozando, y dió al niño el pedazo de pan.

—Pero ¿qué, vos no teneis hambre?

—Dejad que coma mi.... mi hijo.... yo.... yo al verlo.... soy feliz.

El abuelito le dió entónces una moneda.

María lloraba de placer al contemplar la alegría del pequeño mendigo.

—¡El amor de los padres; la caridad! estas dos palabras son un poema, dijo el amigo de los niños con sublime voz.

El niño que no ama á sus padres no tiene corazon, no merece el aprecio de los hombres, no es digno de la bondad de Dios.

XXVI.

Las travesuras de Eduardo.

Mientras el abuelito enaltecia el amor paternal, Eduardo inquieto y travieso, subía á un copado fresno con objeto de bajar el nido del pajarillo que tanto habia llamado la atencion de los niños.

El anciano al verlo exclamó: detente; Eduardo, ven acá, ¿qué vas á hacer?

Confuso y avergonzado el pequeñuelo nada contestó.

—¡Vas á cometer un robo y un asesinato! exclamó el anciano lleno de indignacion. Vas á arrebatarles á unos pobres padres, su hijo, su tesoro, su felicidad. Si hoy, si mañana un infame te arrancara del lado de tu madre, ¿qué no sufriria la santa mujer?

El niño lloraba avergonzado.

—Ve; consume tu obra de iniquidad; nadie te lo estorba.

El niño entonces, se arrodilló á pedir perdon.

—El arrepentimiento te enaltece á mis

ojos, hijo mio, exclamó el anciano, y dió al pequeñuelo la bendicion.

—¿Qué, es malo buscar nidos, abuelito? preguntó la niña María.

—Causar mal al hombre, al pajarillo ó al insecto, es una infamia, hija mia, contestó el anciano. Os voy á referir un apólogo; escuchad:

XXVII.

¡POBRE MADRE!

APOLOGO DRAMATICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAJES: UN POLLUELO,
UN AVE llena de amor,
UN GALAN encantador,
UNA NIÑA como un cielo,
UNA ROSA, UN RUISEÑOR.

ACTO 1º

*Valle risueño y florido;
En el fondo bosque umbroso;
A lo lejos, suspendido
Del naranjo más frondoso
Pequeño y flotante nido.*

*Brilla la aurora en el cielo;
Dan las corrientes rumores,
Y en casto y sentido anhelo
Le canta el ave al polluelo
El himno de sus amores.*

*En la lejana espesura,
Entre los verdes tomillos,
Con inefable dulzura
La orquesta de pajarillos
Toca una hermosa obertura.*

*Es la bendita estacion;
Mil flores su aroma ofrecen,
En graciosa confusion;
Y ave y polluelo aparecen
Al levantarse el telon.*

EL AVE.—¡Bendito el día!
La sombra me causa enojos.
EL POLLUELO.—¡Qué alegría!
EL AVE.—¡Luz de mis ojos!
EL POLLUELO.—¡Madre mía!
EL AVE.—Al ver tu inocencia,
De tu amor á la influencia,
Hallo la dicha y la calma.
EL HIJO.—¡Madre del alma,
Cuán hermosa es la existencia!
EL AVE [*Siempre cantando*]:
Feliz y animosa lucho,
Por tu inocencia velando,

EL POLLUELO [*suspirando*]:
Yo también te quiero mucho.
EL AVE.—Yo te bendigo.
Me siento orgullosa al verte
De mi amor bajo el abrigo;
Mi existencia está contigo,
Mi única gloria es quererte.
EL POLLUELO.—¡Qué armonía,
Qué dulces cantos exhalas!
EL AVE.—Su melodía
Es para tí, vida mía.
[*Y le cubre con sus alas.*]

ACTO 2º

*El mismo valle extendido,
Con mil naranjos en flor;
A lo lejos, suspendido
El mismo pequeño nido
Como en el acto anterior.*

*Entre las nubes de Oriente.
Asomando el sol naciente
Fulguroso se levanta,
Y en su nido, tiernamente,
El ave gozosa canta.*

Salen Eduardo y Elena.

EDUARDO.—Ven, ¡qué contentos!
¡Qué mañana tan serena!

ELENA [*con dulce acento:*]

¿Ese canto, donde suena?

EDUARDO.—En esa enramada

Que allá en el fondo se mira,

Hay una ave enamorada

Que cariñosa suspira

Saludando á la alborada.

Allí un nido debe haber.

ELENA.—Vamos á verle.

[*Y comienzan á correr.*]

EDUARDO.—Vas á tenerle.

ELENA.—¿Sí? ¡qué placer!

Que me lo traigas espero.

EDUARDO.—Obsequiarte quiero,

Porque he leído en un drama

Que el deber de un caballero

Es complacer á su dama.

ELENA.—Muy generoso

Siempre primo te guzgue.

EDUARDO [*audaz y gozoso:*]

Eres un ángel, á fé.

[*Y se aleja presuroso*

Y al árbol sube atrevido.)]

ELENA.—Eduardo querido,

[*Con ternura:*] Qué bueno eres!

EDUARDO [*cogiendo el nido:*]

¡Ah! ¡lo que son las mujeres!

ELENA [*con alegría*

Y amable coquetería.]

Dime, ¿el polluelo es gracioso?

EDUARDO.—Sí prima mía.

ELENA.—Sí; muy hermoso.

EL AVE.—¿Qué se dirán?

Están hablando los dos.

EL POLLUELO.—¡Horrible afán!

EL AVE [*inquieta*].—¡Se van!

¡Hijo del alma! ... ¡Gran Dios....!

[*Los niños siempre jugando,*

Cruzan el bosque sombrío

Al polluelo acariciando.]

EL AVE [*triste:*].—¡Hijo mío!

[*Y tras él se va volando.*]

ACTO 3º

La misma decoración.

EL HIJO.—¡Madre queridal!

EL AVE (*muy conmovida:*)

¡Hijo de mi corazón,

Gloria y placer de mi vida!

ELENA.—¡Qué lastimosa

Es del ave la querella!

Nada temas ave hermosa.

[*Y se aleja presurosa,*

Y el ave vuela tras ella.)]

EL AVE.—Es buena ... yo espero

Que al fin me lo vuelva Avanza....

Que se lo lleve no quiero

¡Hijo! ¡Mi luz, mi esperanza!

¡Hijo! ¡Piedad! yo me muero!

UNA ROSA.—¡Santo amor!
 UN PAJARILLO.—Soy padre
 Y comprendo su dolor.
(En el bosque) UN RUISEÑOR:
 ¡Pobre madre! ¡pobre madre!
 EL AVE.—Nunca sentí
 Una angustia tan cruel,
 Ya la esperanza perdí;
 Dadme la muerte ¡ay de mí!
 No puedo vivir sin él.

*(Llega la tarde. Doliente
 Sigue el ave en su aflicción,
 El sol oculta su frente,
 Y suspira tristemente
 La brisa.*

Cae el telon.)

XXVIII.

En marcha.

Cuando el amigo de los niños terminó
 su relación, todos lloraban, profundamente
 conmovidos.

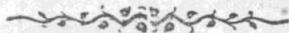
—Esperamos el prometido cuento, abue-

lito, dijo la niña María suspirando ruidosamente y enjugándose una lágrima.

—Sí, el cuento, el cuento, exclamaron todos.

—Despues, hijos míos. Ahora, en marcha, que es ya tarde.

Los niños se despidieron de la Sra. Bertta y siguieron al anciano.



SEGUNDA PARTE.

I.

Una buena máxima.

Los niños iban corriendo, corriendo alegres como los pajarillos á los primeros rayos de la aurora.

¡Qué hermosa es la inocencia!

El anciano pretendia seguirlos, y vacilaba á cada paso, y tosia dolorosamente.

—Esperemos, decia Eduardo: el abuelito no puede seguirnos y sufre: esperemos, hermanos míos.

—Corred, corred, gritaba el anciano sonriendo; mis pobres piernas no pueden seguiros, pero os sigue mi corazón. Cuando yo duerma el eterno sueño, no os po-

dré seguir, no me vereis; pero os seguirán mis consejos. Aprovechad las bellas horas de vuestra infancia: corred, amigos míos, corred.

Los niños le obedecian.

Al llegar cerca de la aldea, el anciano cayó desfallecido.

La niña María se acercó á él, le besó tiernamente, y pretendió volverle con su aliento las perdidas fuerzas.

El anciano sonreía.

Los niños acudieron solícitos y cariñosos....

—¡Ah! hijos míos, dijo el anciano; he pretendido correr como vosotros, he intentado unir la vejez á la infancia, y la naturaleza me ha dado una severa lección.

La máxima dice:

Siempre doquiera mirad
Vuestro estado y vuestra edad.

II.

Respetad á los ancianos.

—Apóyese usted en mí, abuelito; dijo Alberto.

—No, en mí.

- En mí, en mí, en mí.
- En todos me apoyaré; la ancianidad necesita siempre de la juventud.
- Yo le quiero á vd. mucho, abuelito.
- Yo le respeto.
- Yo le honro como á mi papá.
- Mañana, hijos míos, llegaréis al término de vuestra vida, y os sentireis como yo, conmovidos, al ver que los niños os veneran y os aman. Sembrad amor, y amor y felicidad recogeréis. ¡Desdichados de vosotros si no respetais á los ancianos!

Dentro de algun tiempo, vuestra bella edad habrá pasado, y comprendereis que la ancianidad no merece burlas sino respeto. Los años pueden ser una desventura, pero no un crimen, amigos míos.

No os burleis nunca de las debilidades, de los achaques, de las raras ideas, ni de las enfermedades de los ancianos. Mañana estareis como ellos, y las burlas que os dirijan os llenarán de dolor. ¿Vuestros padres no son ancianos? ¡jamais á vuestros padres?

—Dénos vd. su bendicion, abuelito; exclamaron los niños arrodillándose.

—Bien, hijos míos; que Dios os haga buenos y dichosos.

—La máxima lo dice, exclamó María; si no honramos á los ancianos, no podemos ser honrados y queridos.

Honrad la cabeza cana
Y honrados sereis mañana.

III.

El abismo.

Los pequeñuelos siguieron corriendo.

—Detenéos, gritó el anciano de repente, pálido y conmovido; se adelantó trémulo y vacilante, y extendió sus brazos para impedir á los niños que siguieran corriendo por aquel camino.

—¿Por qué nos detiene vd., abuelito?

—Aquí está el abismo; mirad!

—Yo no veo más que un hermoso campo cubierto de enredaderas.

—Debajo de esas flores que os parecen tan bellas, se oculta la muerte en la insondable, en la terrible y oscura profundidad.

Así tambien se presentan en la vida los abismos del vicio, ocultos por fragantes

flores. Desconfiad siempre; seguid la senda que vuestros padres os indiquen, y sed prudentes. La prudencia es hermana de la seguridad.

¡Ay de vosotros si llegais á dar el primer mal paso!

—La máxima lo dice, exclamó María:

Siempre el primer extravío,
Lleva al abismo sombrío.

—Y no debeis olvidar tampoco, dijo el anciano, que

El que el peligro apetece
En el peligro perece.

—Voy á recitar unos versos, abuelito.

—Bien, hija mia.

IV.

El rio y el arroyuelo.

Dejando el undoso rio
Un impaciente arroyuelo,
En loco y febril anhelo
Lanzóse al bosque sombrío.

Quiero, exclamó, libremente
Deslizarme entre las flores,
Y no sufrir los rigores
De la paterna corriente.

El padre, previendo el mal,
Hijo vuelve, le decia;
Pero el arroyo corria,
Sordo á la voz paternal.

Desde luego, acariciado
Por la brisa pasajera,
Fué cruzando la pradera
Gozoso y alborozado.

Despues, formando rumores
En la arboleda vecina,
Descendió de la colina
Para regar unas flores.

Y jugando alegremente
Blandas notas produciendo,
Se fué corriendo, corriendo,
Por la rápida vertiente.

Fatigado de bajar.
Buscó con ansia un descanso;
Quiso formar un remanso,
Y no lo pudo formar.

En vano anheló volverse
Y luchar contra el destino;
Sintió como un torbellino,
Y no pudo detenerse.

Fuerza extraña lo impelia
Con impulso irresistible,
Y el insondable, el terrible
Precipicio lo atraía.

Se horrorizó de sí mismo
Y por fin, con furia loca,
Saltando de roca en roca,
Precipitóse al abismo.

—Tal es la suerte del jóven insensato
que sigue la peligrosa senda del vicio, ami-
gos mios, exclamó el anciano.

V.

El amor fraternal.

A poco andar, Juanito, que era el más
pequeño de los niños, se sentó fatigado al
borde del camino y comenzó á llorar.

—Qué tienes, hermano mio? le preguntó
Alberto con acento cariñoso.

—Pisé unas zarzas, contestó Juanito, y
no puedo dar un paso, mira la sangre que
corre de mi pié. ¡Ay! ¡ay! yo quiero vol-
verme con mi mamá.

Alberto procuró consolarlo con dulces
palabras, y por fin lo estrechó en sus bra-
zos, lleno de ternura, y le prestó su amo-
roso apoyo.

El cuadro que presentaban los dos niños
era verdaderamente conmovedor.

Juanito manifestaba con lágrimas su

gratitud; Alberto sonreía radiante de feli-
cidad.

—Bien, hijos mios, dijo el abuelito,
amaos siempre así; sois hijos de los mismos
padres, habeis nacido bajo el mismo techo
y respirais el mismo aliento. Una misma
es vuestra sangre; amaos siempre. Dios
sonríe en el cielo cuando los hermanos se
abrazan y se protejen mutuamente. ¿Qué
amigo más tierno, más sincero y más des-
interesado puede haber en la tierra, que
un hermano? Abrigad siempre ese santo
cariño, y que nunca las malas pasiones ex-
tingan en vuestro corazon el fuego sagra-
do del amor fraternal. Amad á Dios, á
vuestros padres, á vuestros hermanos, y
con ellos amad á todos los hombres; el amor
es la esencia de la virtud.

VI.

El árbol caído.

Al llegar á la cima de la montaña, los
niños mostraron al abuelito el tronco he-
rido y las ramas esparcidas y rotas de un
pobre árbol que la víspera habia sido des-
trozado por la tempestad.

—Este árbol estaba solitario en el monte, dijo el anciano, el huracan enfurecido vino ayer á azotarlo, y el infeliz no pudo resistir á su bárbaro empuje. Miradle allí hecho pedazos y perdido para siempre. Nadie le protegía. A vuestra derecha está el bosque; en él, tanto los árboles gigantescos como los débiles arbustos, nada han sufrido. ¿Sabeis por qué? Porque las ramas de los unos han protegido á los otros; los pequeños han sido amparados por los poderosos. La naturaleza, hijos míos, os está dando una sublime lección. Hermanos míos; protejeos mutuamente, apoyaos los unos á los otros, como los árboles contra el viento y la tempestad.

VII.

Eugenio y Juan.

Era una tarde del Estío, hermosa, tranquila, apasible y perfumada.

Las fuentes exhalaban dulces murmullos, los pajarillos cantaban alegres saltando bulliciosos entre las ramas de los gigantescos árboles.

—Veis esa hermosa huerta?
Allí vivía Juan.

—Quién era él, abuelito?

—Era un niño de nueve años, hermoso y bueno como los ángeles.

Sus padres habían cifrado en él todo su cariño.

Dócil, obediente, amoroso, era la luz, la felicidad, el encanto de aquel hogar. A sus años, sabía ya muchas cosas que los hombres ignoran, y ayudaba á sus padres á cultivar su pequeño huerto. Las hortalizas que regaba Juan eran las mejores, y en la buena estación cosechaba unas fresas tan grandes, tan rojas y tan dulces, que eran la delicia de la vecindad.

Esas hermosas fresas le producían mucho dinero, que entregaba á sus padres.

*
* *

En el bosque vecino, el padre de Eugenio cortaba leña que vendía en la aldea con mucho aprecio.

Eugenio tenía la misma edad de Juan, y era también un chico bueno y cariñoso. El cura, anciano excelente, lo quería mucho y le había enseñado la ciencia de la

vida, la ciencia del alma, que es la única que puede conducir al hombre á la felicidad.

El hogar de Juan era todo alegría y luz.

La humilde casita donde vivia Eugenio estaba siempre triste.

El pobre leñador no podia sostener á su familia con el miserable producto de su trabajo.

La madre de Eugenia, paralítica desde hacia mucho tiempo agonizaba en el más horrible de los infortunios.

Eugenio, que amaba tiernamente á la santa mujer, sufria de una manera indefinible.

Muchas veces el hacha del niño se humedecía en el bosque con amargas lágrimas.

Muchas veces tambien los labradores lo sorprendian arrodillado al pié de la Cruz solitaria de la Sierra, pidiendo á Dios en ferviente plegaria la salud, la alegría y la dicha de su amante madre.

*
* *

—¡Pobre Eugenio! cuánto le quiero, exclamó Eduardo.

—Hacia bien en amar á su madre, dijo María; yo tambien quiero mucho á mi mamá, y sufro cuando la veo sufrir, y llo-ro cuando está enferma. Yo creo que en todo, en todo el mundo, por grande que sea, no hay una mamá tan buena como la mia.

—Silencio, niños, exclamó el anciano; dejadme continuar mi narracion.

*
* *

Eugenio y Juan eran amigos.

Habian pasado juntos los hermosos años de la infancia y se amaban como hermanos.

*
* *

Un dia Eugenio llegó corriendo, inconsolable á la huerta de Juan.

—Qué tienes, hermano mio? le preguntó éste.

—Mi padre se ha caido de un árbol y está sin sentido, y se me muere, se me muere. ¡Oh, qué desgraciado soy! exclamó el niño con voz entrecortada por lamentables sollozos.

Juan y sus padres corrieron al bosque.

El leñador fué conducido á su humilde choza.

* *

Desde ese día Juan dejó de entregar á sus padres el producto de las fresas.

Eugenio, demasiado pequeño, no podía ir solo al bosque á cortar leña, y por consiguiente nada podía ganar.

Juan llevaba todos los días á Eugenio la mitad de su comida, y entregaba al leñador una moneda á nombre del señor Cura.

El anciano eclesiástico era allí bendecido como una segunda providencia.

* *

Pasaron algunos meses.

La solicitud de Juan era cada vez mayor.

Al fin el padre de Eugenio recobró la salud completamente, y pudo salir al bosque y dedicarse á su trabajo ordinario.

Un día encontró casualmente al señor Cura, é inspirado por una tierna y ardiente gratitud, se arrojó á sus pies expresándole sus sentimientos y bendiciéndole á nombre de su familia por los beneficios

que le habia hecho. El anciano sacerdote se manifestó sorprendido.

El padre de Eugenio admiraba y bendecía la modestia del eclesiástico y su santa y ardiente caridad.

Se separó de él.

Al cruzar el bosque, Juan le dió, como en los días anteriores; una limosna en nombre del señor Cura.

El labrador tomó al niño de la mano y lo llevó al sitio donde estaba el sacerdote.

El señor cura procuró inquirir la verdad.

Juan guardó silencio mucho tiempo y por fin prorumpió en amargo llanto.

El anciano sacerdote, que comprendió lo que pasaba porque conocia perfectamente el corazon del niño, exclamó: Bien, hijo mio; has cumplido con un deber sagrado: la mano derecha debe ignorar el bien que hace la mano izquierda pero el mundo debe tributar un homenaje de amor á la virtud. Hé aquí á vuestro bienhechor.

El padre de Eugenio y su familia se arrodillaron ante el niño. Este se inclinó sollozando, y, lleno de amor, los estrechó á todos contra su corazon.

VIII.

La fuente oculta.

(FABULA.)

—Allá va la máxima, dijo la niña María.

Porque el bien su luz no pierda
No te ostentes satisfecha;
Que ignore tu mano izquierda
El bien que hace tu derecha.

—Yo voy á decir una fábula, exclamó Eduardo.

—Bien, hijo mio, ya te escuchamos.

La fuente oculta.

Una ignorada senda misteriosa
A una pradera hermosa
Un manantial conduce;
Y solo se conoce su presencia
Por las brillantes flores que produce.

*Así la caridad en la existencia
Debe acudir oculta á quien la llama,
Aliviando en silencio al alma triste,
Y nunca debe revelar que existe
Si no es por el consuelo que derrama.*

—Es cierto, hijos mios; la caridad es amiga del silencio y de la modestia, y huye avergonzada de la necia y vana ostentacion.

La caridad, santa y sublime virtud, se basta á sí misma, y no busca nunca el placer inútil del orgullo.

IX.

Prosigue la narracion.

—¿Y qué sucedió á Juan y á Eugenio, abuelito?

—Prosigo mi narracion.

Pasó algun tiempo.

Los padres de Juan murieron, y el pobre niño quedó huérfano y abandonado sobre la tierra.

Los acreedores se posesionaron de la hermosa huerta.

Entonces Juan era ya un adolescente.

Abandonó su aldea natal en busca de mejor fortuna, y se dirigió á la opulenta y bella ciudad de México.

Pero Dios le destinaba á mayores pruebas, y en la Capital de la República su infortunio fué todavía más horrible.

Privado de trabajo y agobiado por una terrible enfermedad, pasó en el aislamiento y el abandono los lentos días, sin luz y sin esperanza, y las noches de lágrimas de la miseria.

X.

Encuentro inesperado.

El abuelito hizo una pausa y se enjugó los ojos.

—¡Pobre Juan! exclamó María suspirando.

—No interrumpas, dijo Eduardo.

—Una noche, continuó el abuelito, vagaba nuestro infeliz amigo por la ciudad, pálido y sollozando, sin encontrar una mano cariñosa que lo amparara. “Tengo hambre,” exclamaba con voz llena de amargura en los sitios mas concurridos; pero los transeuntes le veían con indiferencia y le rechazaban.

Sintióse al fin próximo á caer desfallecido, y acordándose de su buena madre, cerró los ojos, y se resignó á morir é invocó el nombre de Dios.

En este momento sintió unos brazos cariñosos que lo estrechaban, y oyó una voz

franca y amiga que pronunciaba su nombre con alegría y con ternura.

XI.

Recompensa.

Juan abrió los ojos y contempló lleno de sorpresa á aquel jóven.

—Tú, hermano mio, en ese estado! exclamó el desconocido. Mira, mírame bien; ¿ya no te acuerdas de mí? deja que vuelva á abrazarte. ¡Oh, qué noche tan feliz!

—Eugenio, exclamó Juan con voz débil.

—Juan, mi pobre Juan, dijo Eugenio con amargura; qué injusto es ese mundo que te desprecia y te abandona á tí tan bueno, tan generoso, cuyo corazón es un raudal perenne de bondad y de amor. Pero yo no haré lo mismo: mira, la suerte me ha sonreído; soy rico, heredaré á un tío que murió hace un año, y conmigo nada te faltará. Ven, viviremos juntos, como en nuestra querida aldea: y hablaremos mucho, mucho, y yo me acordaré de mis

padres y tú de los tuyos. Vamos á volver á aquella hermosa edad. En las frescas y hermosas mañanitas de la primavera, correremos unidos de la mano por los bosques, subiremos á las rocas á buscar la flor de la salud, como decia el señor Cura; veremos volar nuestro pensamiento por el azul del cielo, y soñaremos la felicidad al rumor de las fuentes y al arrullo de la dulce voz de los alegres pajaritos.

Diciendo esto, lo condujo á su casa.

Desde ese dia Juan fué completamente dichoso.

Eugenio cumplió con un deber sagrado protegiendo á Juan; su cariño y su gratitud son dignos de imitarse.

—Dice usted bien, abuelito, exclamó Eduardo; la máxima lo dice:

Hombre que el bien no agradece,
Solo el desprecio merece.

—Me gusta más esta otra, exclamó María:

No es la dulce gratitud
Solo un sagrado deber,
Es un sublime placer
Destello de la virtud.

XII.

La flor de la salud.

- Tengo una curiosidad, abuelito.
- Cuál es, chiquitin, habla, explícate.
- ¿Cuál era esa flor de la salud que decia Eugenio que queria ir á buscar á los bosques?
- Escucha, hijo mio:

Un jóven que llevaba
Una vida monótona y sombría,
Que nunca trabajaba,
Y en lánguida pereza
Lentas las horas resbalar veia,
Notó una vez con sin igual tristeza
Que el vigor de su vida se extinguia.
De su mejilla hermosa
Huyeron los colores
Cual los bellos matices de las flores
Que nunca ven del sol la luz radiosa;
Y de su débil cuerpo que entre graves,
Tristes dolores, impotente fuera,
Se alejó la salud como las aves
Cuando miran morir la primavera,
Pasaba casualmente

Por aquella comarca
 Un médico prudente
 Que adunaba el saber á la experiencia;
 Despues de examinarle
 Solícito el doctor y cariñoso,
 Le habló de esta manera:
 "Existe en la pradera,
 Tras del riscoso monte que á lo lejos
 En el fondo se ve del horizonte,
 Una flor muy hermosa, cuyo aroma
 Puede volveros la salud perdida:
 Buscadla diligente,
 Que ella os dará la vida;
 Pero tened presente
 Que abre su blanco cáliz solamente
 A la primera voz de la paloma,
 Cuando hermoso en el cielo el sol asoma."
 Siguiendo el parecer del afamado
 Doctor, en las mañanas
 Ansioso el jóven de su hogar salia,
 Cruzaba las lejanas
 Selvas umbrosas al nacer el dia,
 Y en busca de la flor, montes y prados,
 Y valles dilatados,
 Y oteros y colinas recorria.
 Así pasaba un dia y otro dia
 Sin encontrar jamas la flor hermosa
 Objeto de sus ansias y desvelo:
 En su afanoso anhelo
 Vió al médico una vez en la espesura,
 Y allí le refirió su desventura:
 Dióle el doctor consuelo,
 Y lo llevó al instante
 Junto á las ondas de la fuente pura.

Al contemplar su imágen retratada
 En el espejo claro de la fuente,
 Se reflejó radiante
 Un inmenso placer en su mirada:
 La flor, la hermosa flor ambicionada
 Brillaba en su semblante.
La flor de la salud pura y hermosa,
 No se halla en la indolente
 Quietud de la molicie y enojosa;
 Se halla en la selva umbrosa,
 Muy léjos del hogar de la tristeza;
 Abre su cáliz al nacer el dia,
 Del monte en la aspereza:
 Se encuentra en el trabajo y la alegría,
 Jamás en el dolor de la pereza.



TERCERA PARTE

I.

La Aldea

—Ya llegamos, abuelito, gritaron los chiquitines, saltando de gozo.

—Sí, hijos míos, allí está la aldea, dijo el anciano, restregándose las manos con alegría y suspirando. Mirad: las aguas del río puras y cristalinas van corriendo rumorosas entre las verdes arboledas; allí está el puente con sus grandes arcos desiguales, cuyas piedras ví poner una por una; más allá está la montaña, en su cima se eleva la cruz solitaria, á cuyo pié oraba yo en las tardes, al lado de mi madre; y más allá, más allá, á lo lejos, el camino, como una

gran faja cenicienta, sube por las colinas y serpentea caprichosa entre los campos cultivados. ¿Veis aquel gigantesco frésno que alza su copa á las nubes como si fuera el rey de la ribera? Pues á su sombra jugaba yo cuando era niño; á su sombra acaricié los dulces sueños de mi juventud; grabado está mi nombre en su nudoso tronco, y más de una vez he regado con lágrimas el césped que le rodea. ¡Cuántos recuerdos, Dios mío, cuántos recuerdos! Allí está la pobre casa donde nació; y allá en el fondo de la tortuosa calle se distingue el cementerio con sus altos cipreses y sus humildes tumbas. En uno de esos sepulcros mis padres me están aguardando desde hace muchos años.

El anciano sollozaba cubriéndose el rostro con las manos.

—Cálmese usted, abuelito: dijo la niña María con voz llena de ternura.

—Mirad el blanco campanario, hijos míos: ¡qué gracioso se levanta dominando el caserío, así se eleva la esperanza al cielo en medio de los desengaños y de las amarguras humanas! No os sorprenda que lllore. Oid, oid el alegre sonido de la cam-

pana; me parece que es una voz amiga que me llama, que me repite ven, ven á buscar el consuelo que tu atribulado espíritu necesita, en los brazos de la religión. Sí, ya voy; sigue derramando en el viento tus solemnes voces; yo te escucho siempre con inmenso cariño; tú y yo somos muy buenos amigos; ¿te acuerdas? Tú has saludado todas mis alegrías, tú gemirás fúnebre y tristemente cuando me muera, ¡ay! y serás la única que en esta aldea llore por mí. Aquí, las chozas, el río, la montaña, el inmóvil lago, los árboles, las flores, todos son mis amigos; solo los hombres no lo son.

II.

La venganza.

—¿Por qué dice usted eso, abuelito? ¿Quién puede odiar á usted?

—Es la verdad, hijo mío; en mi pueblo natal soy aborrecido. ¿Por qué? Lo ignoro. Yo nunca he hecho á nadie mal; á nadie guardo rencor. Cuando era muy joven, salí de la aldea y fuí á una gran ciudad, allí

encontré cariño y consideraciones. Tal vez por eso soy odiado. ¡Qué miserable es el corazón humano! Implacables conmigo los compañeros de mi infancia me han escarnecido y calumniado. Muchos años hace que me obligaron á abandonar mi querida aldea. ¡Oh! La calumnia, hijos míos, es muy infame y muy terrible. No olvidéis lo que dice un escritor contemporáneo: «la calumnia es como el carbon; cuando no quema mancha.»

—Y usted, abuelito ¿pensará en vengarse de esos ultrajes?

—No, hijos míos, solo las almas viles y miserables se gozan en la venganza; las almas nobles perdonan y aman. No alimentéis nunca ese sentimiento maldito, pagad siempre el mal que os hicieren con cariño y beneficios.

—Eso es lo que aconsejan las máximas que yo sé, exclamó María.

Si tu enemigo te oprime,
Con tu amor sus odios trunca
Y sus delitos redime,
Porque es no vengarse nunca
La venganza más sublime.

Da á aquellos que no te quieren
De bienes crecida suma
Por cada mal que te hicieren;
Que así el sándalo perfuma
El hacha con que le hieren.

III.

El jardín.

Abismado en sus melancólicos pensamientos el anciano, se dejó caer desfallecido al pié de un árbol, á la entrada de la aldea.

La niña María, sensible y cariñosa, se sentó á su lado y comenzó á prodigarle tiernos consuelos.

Los demas chiquitines se dispersaron gozosos como una bandada de alegres golondrinas.

Eduardo y Alberto iban corriendo por una de las calles principales, como dos loquillos, riendo y cantando con ese placer purísimo de la infancia, cuyo santo recuerdo nos hace todavía llorar y sonreír.

De repente se detuvieron.

—Mira, dijo Alberto, ese jardín es más hermoso que el de tu casa. ¡Qué azucenas tan blancas! ¡Qué lirios! ¡Qué rosales!

¡Cuántas violetas! ¿No percibes su blando aroma? A mí me gustan mucho las violetas: el abuelito dice que son el emblema de la modestia, y que su color se parece al de la felicidad. En mi vida he visto un jardín más bello y mejor cultivado, es mejor que el tuyo, mucho mejor; pero no tiene ni comparacion.

—¿Te parece muy bonito, muy bonito? Pues ya verás como lo pongo feo, exclamó Eduardo; yo no quiero que exista en ninguna parte un huerto más hermoso que el mio.

Al pronunciar estas palabras saltó impetuoso sobre el rústico cercado.

—¿Qué vas á hacer, Eduardo?

—Ya verás, ya verás; y lleno de furia comenzó á arrancar las hermosas flores, y á pisotear el verde césped y las violetas.

IV.

La envidia.

Alberto corrió á dar al abuelito noticia de lo que pasaba.

El anciano se levantó indignado.

Al llegar cerca del jardín vió á Eduardo que salía trémulo y convulso, revelando en su semblante un placer verdaderamente horrible si se nos permite la expresion.

Al descubrir al anciano quiso ocultar precipitadamente las flores que llevaba en su sombrero.

—¡Pobres violetas! exclamó María: has hecho muy mal, Eduardo; si te hubiera visto el celador, te habria llevado á la cárcel.

—Buen cuidado tuve de que no me viera.

—Tu mala accion, dijo el anciano con voz severa, ha tenido dos testigos que serán para tí jueces implacables. No te vió el celador; pero te han visto Dios y tu conciencia. Seguro estoy de que en este instante tu alma se estremece y escuchas una voz terrible que condena tu delito. Pero ¿qué importa la conciencia? Ahoga en tu pecho el sentimiento del bien que pretendes atormentarte y gózate en tu obra. Eres vencedor de las pobres flores que ningun mal te habian hecho. ¿Por qué tiemblas? ¿por qué bajas los ojos? Alza altivo la frente, rie, celebra tu espléndido triunfo.

Eduardo dejó caer al suelo las flores y se inclinó avergonzado.

El niño que ha cultivado este jardín, prosiguió el abuelito, llorará mucho al verle destrozado, y tú gozarás con su sufrimiento; eres envidioso, y la envidia se alimenta con los dolores y las lágrimas de sus víctimas. ¡Ah! La envidia, hijos míos, es la más vil, la más mezquina, la más rastrera de todas las pasiones como que es enemiga infatigable del amor y de la caridad. Si el envidioso pudiera ver un momento su alma, se horrorizaría de sí mismo.

—El alma del envidioso

Es un abismo espantoso,

Exclamó la niña María.

V.

Delito inútil.

Siempre la envidia en la historia

Es pedestal en la gloria.

—No olvideis esta máxima, hijos míos, dijo el abuelito.

Las sombras de la envidia hacen que la virtud y el génio resplandezcan con luz

más pura y esplendorosa. Tu crimen ha sido inútil, Eduardo; dentro de pocos días ese jardín que has destrozado, volverá á cubrirse de flores más hermosas y más fragantes.

—Voy á recitar una fábula, abuelito.

—Bien, hija mia; ya escuchamos.

VI.

La noche y el lucero.

Luciendo en vistoso alarde
Su diadema refulgente,
Asomaba en el Oriente
El lucero de la tarde.

El Rey—Astro en su grandeza
Le miraba con cariño,
Cual de su cándido niño
Mira el padre la belleza.

Y por darle más decoro,
Le formó con un celaje
Un flotante cortinaje
Bordado de rosa y oro.

Entretanto, silenciosa
Y envuelta en su niebla fria,
Triste la noche y sombría
Avanzaba presurosa,

Y de la oscura campaña
Su negro manto extendiendo,
Iba subiendo, subiendo,
Por la riscosa montaña.

Los rayos crepusculares
Combatidos al sentirse
Iban en tropel á hundirse
En las olas de los mares.

En su ascender fatigoso,
Llena la noche de celos,
Miró con odio á los cielos
Y al lucero esplendoroso.

Y del Norte al Mediodía,
Desplegando su bandera,
"Reina soy en donde quiera,
Reina, ¡oh lucero! decía.

Tú, prosiguió con encono,
Lo que valgo no comprendes:
¡Tú en un trono estar pretendes?
Pues voy á ofuscar tu trono.

No alces altivo la frente,
Que tengo sombra sobrada
Para apagar la mirada
Que me lanzas insolente.

¡Guerra á la luz; guerra, guerra!
Al influjo de mi aliento
Se oscurece el firmamento
Soy señora de la tierra."

Dijo, y soberbia tendió
Con furia y rencor impío
Sus alas en el vacío,
Y hasta el lucero llegó.

Quiso apagar con su mano
Del astro los resplandores....
¡Ay, inútiles furores!
¡Vano afanar, odio vano!

Que en la cauda tenebrosa
Que tendió la noche oscura
Brillaba más y más pura
Del astro la luz radiosa.

*Así, con infame anhelo
Al hombre la envidia ofende,
Y odiosa su sombra tiende
De la virtud en el cielo.*

*Mas la virtud, noble y bella,
Entre los negros rencores,
Brilla con nuevos fulgores,
Como en la noche la estrella.*

VII.

Esas flores no son tuyas.

—Perdóneme vd., abuelito, exclamó
Eduardo arrodillándose.

—Esas violetas no son tuyas, dijo el
anciano, las has tomado sin consentimien-

to de su dueño, y el robo es un horrible
crimen. Para que Dios y tu conciencia
te perdonen, debes devolver esas flores y
humillarte ante el propietario del jardín.
—¡Qué vergüenza va á sufrir! exclamó
María.

—Hé aquí la eterna preocupacion, dijo
el abuelito; nos avergonzamos al reparar
una injusticia, y no sentimos rubor al co-
meter el crimen. Esa falsa vergüenza no
es más que el funesto orgullo del delito.
Vé, hijo mio, no temas hacer el bien. Cuan-
do hayas entregado esas flores, puedes ex-
clamar satisfecho: «me aparté un momento
de la senda del deber; pero he vuelto á ella.»
Entonces yo te estrecharé en mis brazos
diciendo: «no está enteramente pervertido,
aun puede llegar á ser un hombre honrado.»

—Sí padre mio, os obedeceré, exclamó
el niño con voz entrecortada por los
sollozos.

VIII.

Alma generosa.

En este momento, una anciana salió de
la casita contigua, y al ver destrozado el
jardín lanzó una dolorosa exclamacion.

—¡Oh Dios mio! dijo, ¿quién será el perverso que se ha gozado en hacer tanto mal? Ni una sola flor ha dejado. Cuando venga mi Julia se va á llenar de tristeza. Ella ha cultivado estas violetas, con su propia mano; y las ama como si fueran sus hermanas. ¡Pobre niña mia, cuánto va á llorar!

—Aquí estoy, mamá, exclamó Julia abrazando á su buena madre; ya oí la misa del señor cura y vengo muy contenta. ¡Ah! Qué veo? Quién se llevó mis hermosas flores?

La anciana guardó silencio.

Eduardo se adelantó pálido y temblando.

—Perdon, exclamó.

—¿Por qué me pides perdon, amiguito? dijo la encantadora niña. Has hecho muy bien; tú debes amar las flores como yo; las viste muy bonitas y no quisiste quedarte sin ellas; es muy natural. No tiembles; si no estoy enojada. Tú no tendrás jardín, ¡pobrecito! Mira, yo no hubiera querido que las hubieras cortado, porque las flores sienten como los niños, y se mueren cuando están separadas de la planta, como nosotros nos moriríamos lejos de nues-

tra mamá. No vuelvas á cortarlas. Pasado mañana habrá nuevas flores; entonces ven y jugaremos juntos, y te contaré cómo crecen y se desarrojan. Mira, estas hojitas de colores se llaman pétalos. Pero, ¿me prometes que no las vuelves á cortar? Acércate, no me tengas miedo, si no soy mala ni te tengo rencor.

—Soy un infame, murmuró Eduardo; perdonadme.

—Sí; estás perdonado y seremos buenos amigos, dijo Julia, y le tendió la mano.

—No olvides la leccion, hijo mio, exclamó el anciano.

IX.

El cordero y el sapo.

—¿No me abraza usted, abuelito?

—El arrepentimiento de las faltas, cuando es sincero, rehabilita al hombre, lo purifica, y de nuevo le hace digno de la estimacion y el afecto de los demás. Ven, hijo mio, ya sabes que yo te quiero con todo mi corazon. Has vuelto á la senda del bien; has cumplido un deber sagrado reparando una injusticia, y mereces de nuevo mi cariño y mi bendicion.

—Si alguna vez doy un mal paso, dijo María, he de hacer lo que el cordero de la fábula.

—Ya escuchamos, hija mia.

El cordero y el sapo.

Un inocente y blanco corderillo,
Que la existencia apenas saludaba
Entre olorosos campos de tomillo
En dulce paz y con placer pastaba.
Un sapo le miraba
Desde el infecto lodazal cercano,
Y con melosa voz y lisonjera
Le dijo: "ven, hermano,
Deja ya tu monótona pradera,
Que en aqueste recinto misterioso
Donde soy absoluto soberano,
Gozarás un encanto delicioso."
El pobre corderillo era curioso
Y se arrojó al pantano;
Pero en vez de placeres seductores
Solo fango encontró, fango y dolores.
Horrorizóse al ver el inocente
Su cándido vellón de lodo lleno;
Sintió que le mataba aquel ambiente,
Y al sapo seductor dejó en el cieno
Y abandonó el pantano prontamente.

*Dichoso el que al tocar el precipicio,
Luchando con valor como el cordero,
Deja el inundo cenegal del vicio
Y del sublime bien vuelve al sendero.*

X.

La conciencia.

--Dijo usted, abuelito, que á Eduardo lo habia visto la conciencia; ¿pues quién es esa señora, dónde está? Yo no la conozco.

—La conciencia, amigos míos, es un sentimiento indefinible y misterioso que Dios ha puesto en el corazón del hombre para apartarle del mal y hacerle seguir la senda de la virtud. Con nosotros va infatigable á todas partes como si fuera nuestra sombra; nos acompaña desde la cuna hasta el sepulcro, palpita incesantemente en nuestro pecho, y vive por decirlo así, con nuestra propia vida. Sin palabras nos habla; y su voz cuando somos buenos, es dulce y tierna como el suspiro, como la caricia de una madre; cuando hacemos el mal su acento es imponente y terrible como el rugido del viento en la tempestad. Imágen de la eterna justicia, llena de placeres y felicidad al hombre virtuoso, y atormenta y maldice al que sigue la senda de la iniquidad.

A Dios darle al hombre plugo
En la conciencia un amigo,
Un juez severo, un castigo,
Un consuelo y un verdugo.

Procurad ser buenos, hijos míos, para
que vuestra conciencia os sonría siempre
con inefable cariño.

Feliz el que no vacila
En cumplir con su deber;
Es patrimonio el placer
De la conciencia tranquila.

Escuchad, hijos míos.

Los niños le rodearon llenos de curiosidad.

XL.

La virtud y la conciencia.

Triste, pálida, llorosa,
Con angustia suspirando,
La santa virtud hermosa
Por una senda escabrosa
Iba una vez caminando.

La noche estaba sombría;
La tormenta se extendía,
Y en su pos con furia loca
Airado el viento rugía
Azotándose en la roca.

—Cuán penosa es la jornada,
Dijo con voz angustiada
La virtud, seguir no puedo,
Desfallezco fatigada,
Y á mi pesar tengo miedo.

—Fija en Dios el pensamiento,
Le dijo con dulce acento
Una voz en lontananza:
Recobra el perdido aliento,
Ten valor, ten esperanza.

Y la virtud dulcemente
Exclamó con voz ferviente:
—Lucharé contra el destino.
Y alzó la serena frente
Y prosiguió su camino.

Iba sola, abandonada,
Llena el alma de dolores;
Con la veste destrozada,
Y la planta ensangrentada
Por abrojos punzadores.

Para aliviar su tormento
Buscó su labio sediento
El sonoro manantial
Y halló solo el arenal
Agitado por el viento.

—Si quieres verte dichosa,
Dijo la voz misteriosa
Resonando dulcemente,
Sigue, sigue valerosa,
Alza de nuevo la frente;

Se halla al fin de la jornada
La ventura ambicionada.
Oyó el acento divino,
Y prosiguió su camino
Suspirando resignada.

Junto á su senda sombría
Otra senda se veía,
Llena de luz y fulgores
Donde oculto entre las flores
Torpe el vicio sonreía.

—Ven, le dijo con ternura,
Deja ya tu senda oscura
Si ser poderosa quieres,
Yo te daré la ventura,
La riqueza y los placeres.

—No escuches el tentador,
Vano acento seductor,
Dijo la voz suspirando;
Sigue en tu senda luchando,
Que está el bien tras el dolor.

—Gracias, gracias, misteriosa
Voz, sublime y cariñosa;
Cumpliré con mi destino:
Y alzó la frente radiosa
Y prosiguió su camino.

Cuando léjos la miraron,
Todos los vicios lloraron
Estremeciendo la tierra
Y enfurecidos juraron
Hacerle perpétua guerra.

La soberbia maldecida
Atentó contra su vida;
El odio de horrores lleno,
Con astucia fementida
Torpe hirió su hermoso seno.

Rugiendo en su ira impotente
La envidia, cobardemente,
Para su propio baldon,
Arrastrándose vilmente,
Destrozó su corazón.

Al mirarse escarnecida
La virtud, en su dolor
Lloró triste y abatida,
Y entonces la voz querida
Volvió á inspirarle valor.

—¿De quién es, dijo en su duelo,
Esa voz que en la existencia
Me da valor y consuelo?
—Soy, le dijo desde el cielo,
Soy la voz de la conciencia.

El torpe vicio insolente
Se hundió entonces en la escoria,
Y el arcángel de la gloria
Cinó á la virtud la frente
Con laureles de victoria.

XII.

El prófugo.

Al pronunciar el abuelito sus últimas palabras, un chicuelo de la aldea salió apresuradamente de su casa y comenzó á correr por el camino que conduce á la montaña.

El amigo de los niños le siguió.

—¿Adónde vas? le dijo con voz severa al alcanzarle.

El niño rompió á llorar.

—Abandonas á tus padres insensato, exclamó el anciano. ¡La eterna ingratitud de los hijos! ¡Dios mio, mueve su corazón! ¡Dios mio, perdona su crimen!

—Perdon, murmuró el niño arrodillándose.

—Ven, dijo el abuelito; escuchad, hijos míos.

XIII.

¡POBRE MADRE!

APOLOGO DRAMATICO

EN TRES ACTOS. Y EN VERSO.

(SEGUNDA PARTE.)

ACTO 1º

*Una rústica esplanada
Y el pórtico de un castillo:
Vuela el ave acongojada;
Y en una jaula dorada
Triste llora el pajarillo.*

EL AVE [*muy conmovida:*]
Hijo, calma tu ansiedad.
EL HIJO [*con voz sentida:*]
¿De qué me sirve la vida
Si perdí la libertad?

EL AVE [*llorando:*] Al verte,
Hijo del alma, sufrir,
Siento el afán de la muerte.
EL POLLUELO. — ¡Horrible suertel
No puedo ¡oh madre! vivir.

EL AVE. — ¡Destino impió!
¿Tiemblas mi bien? ¿Qué tormento!
¡Pobrecillo, tiene friol!
Y yo no puedo ¡Dios mio!
Darle calor con mi aliento.

EL HIJO.—¡Solo me dejas!
 EL AVE.—¡Ay Dios! Cuando exhalas,
 Hijo del alma, esas quejas,
 Yo me muero. [*Y con sus alas*
Pretende romper las rejas.]

ELENA.—Calla, ya voy;
 Uvas hermosas te doy.
 [*Abriendo la jaula hermosa.*]

EL AVE [*con voz gozosa:*]
 ¡Ah! qué miro! Feliz soy.

¡Mi bien! [*En la jaula entrando.*]
 EL HIJO.—¡Madre! ... ¡Ay de mí! ...
 ELENA.—¡Cielos! ¡Qué vil!
 Primo, ven, primo, [*gritando*]
 Ya tengo á la madre aquí.

EL AVE.—Al fin mi ansiedad
 Se calma ... Con tu presencia,
 Es la prision libertad,
 El dolor felicidad,
 Y un eden es la existencia.

EL POLLUELO.—¡Sufrí tanto!
 ¡No quiero volverme á ver
 Triste y solo en mi quebranto!
 [*Quiere el ave responder*
Y por fin prorumpe en llanto.]

Un coro de aveillas
 Canta á lo lejos:
 ¡Oh libertad divina,

Gloria del alma:
 De la existencia
 Santo placer sublime,
 Bendita seas!

ACTO 2º

Un ángulo del jardín
Que rodea la esplanada,
Y en un arbusto colgada,
A la sombra de un jazmín,
La misma jaula dorada.

EDUARDO.—Prima, tres son
 Los que aquí presos están:
 Hijo y madre... [*con pasión*]
 Y además mi corazón.
 ELENA.—¡Qué charlatan!

EL POLLUELO [*con ternura:*]
 Volar quiero, madre mía,
 Y volver á la espesura.
 EL AVE [*con amargura:*]
 Calma ¡oh cielo! mi agonía.

EDUARDO.—Nunca creí
 Que el aveilla viniera,
 Ni pensé que se atreviera,
 Torpe á llegar hasta aquí,
 Para ser tu prisionera.

ELENA.—No es maravilla,
Es, á fé, muy natural;
Que hasta en la pobre avecilla
Con luz espléndida brilla
El cariño maternal.

EDUARDO.—Te apuesto yo
A que el hijo vuelve aquí
Como la madre volvió.

ELENA.—Pienso que nó.

EDUARDO.—Digo que sí.

ELENA.—Mirarlo anhelo.

EDUARDO.—No quiera el cielo
Que un desengaño reciba.

[*Da libertad al polluelo
Y deja al ave cautiva.*]

EL PAJARILLO [*impaciente,
Volando con alegría:*]

¡Oh, qué delicia se siente!

EL AVE.—¡Mi bien! detente....

EL HIJO.—Adios, madre mia.

EL AVE.—Tienes razon:
Huye, aléjate; me espanto
De pensar en tu prision...
Pero no te alejes tanto,
Hijo de mi corazon.

¡Ah!... Se fué... Distancia impía
Me viene á ocultar sus galas....

¡Ah! pero no... ¡Qué alegría!

Aun miro brillar sus alas
Con el sol de Mediodia.

Que vuelvas pronto deseo....
¡Y más se aparta!.... Yo creo
Que mi voz está escuchando....
[*Con ansia y dolor llorando:*]
Ay de mí ya no le veo!

En los lejanos bosques

Las aves cantan.

¡Oh libertad divina,

Gloria del alma;

De la existencia

Santo placer sublime,

Bendita seas!

ACTO 3º

La misma decoracion.

EDUARDO.—Tienes razon;
La madre infeliz se muere,
Y el hijo volver no quiere....
¡Qué ingratos los hijos son!

EL AVE (*con voz sentida
Llorando desfallecida:*)
Me va el aliento á faltar,
Y yo quiero tener vida
Para volverle á mirar.

Se apaga la luz... Latir
Siento mis sienes... Bullir
Miro en torno rayos rojos....
¡Quiero mirarme en sus ojos
Y no quisiera morir!

Oye mi triste gemido,
Ven á verme, hijo querido,
Ven.... mi existencia se trunca....
Ven.... que me mata el olvido....
Pero no.... ¡no vuelve nunca!....

Ruge en torno el aquilon....
En torno la tierra gira....
Se me rompe el corazon....
Recibe.. mi.. ben.. di.. cion..
(*Lanza un sollozo y espira.*)

Otra ave en la espesura
Dice: hijo mio,
Mira á la madre muerta,
Dale un suspiro;
Que entre pesares
¡Ay! por los hijos mueren
Las pobres madres.

XIV.

La vuelta del hijo pródigo.

—El ave, dijo el abuelito, habia sido ingrata con sus padres, y su hijo le dió la muerte.

Un escritor español lo ha dicho:

“De tus hijos solo esperes
Lo que con tu padre hicieres.”

La madre del chiquitin campesino habia notado su ausencia y lloraba dolorosamente.

El abuelito tomó al niño de la mano y le llevó á su casa.

La madre en vez de castigarle le llenó de besos y caricias.

—¡Pobre madre, exclamó el anciano, pobre madre!

—¡Pobres de los hijos ingratos! dijo la graciosa María.

CONCLUSION.

En ese momento los chicuelos de la aldea salieron de sus casas, alegres y gozosos, y se dirigieron á la escuela.

—El trabajo os aguarda, hijos míos, dijo el abuelito sonriendo. Id á estudiar. Cada instante que hoy aprovecheis os producirá inapreciables tesoros para el porvenir. Id. Que el aliento divino del saber vigorice y desarrolle vuestra naciente inteligencia; que la luz sublime de la mora embellezca y alumbre vuestro corazon.

—¡Qué paseo tan corto! exclamó la niña María suspirando.

—Es cierto, hija mia; pero si agradables son las inocentes distracciones, dulce y grato es tambien el cumplimiento de los deberes.

Los niños permanecieron silenciosos.

No olvidéis, hijos míos, continuó el abuelito, lo que en este paseo os he dicho. Amad á Dios y á vuestros padres, dominad vuestras pasiones, sed buenos y generosos, ved como hermanos á todos los hombres, haced siempre el bien aun en cambio del mal que los otros os hicieren, y sereis amados y felices.

Los chiquitines besaron la mano á su buen amigo y éste contemplando el hermoso cielo, los bendijo lleno de ternura.

Que Dios bendiga tambien y haga buenos y dichosos á mis pequeños lectores.

FIN DEL AMIGO DE LOS NIÑOS.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

	PAGS.
El abuelito.....	3
El cuento de la princesa.....	4
El himno del zentzontle.....	6
¿Quién es Dios?.....	7
Las dudas de Juanito.....	8
El himno de los niños.....	9
¿Dónde vive Dios?.....	11
El cielo.....	12
¿Y Dios no se cansa nunca.....	13
¿Cómo no le veo?.....	14
El niño y el sol.....	15
Los ojos.....	16
Las estaciones.....	17
Los labradores.....	18
Seguid adelante.....	19
La casita.....	20
Cancion de la madre.....	22
Todas las madres son buenas.....	24
La mamá de Juanito.....	25
Un hermoso cuadro.....	27
Oracion de una madre.....	28
Oracion de los niños.....	30
¿Qué sería del pobre niño?.....	31
El afan del pajarito.....	33
Una limosna por amor de Dios.....	34
Las travesuras de Eduardo.....	36
¡Pobre madre!.....	37
En marcha.....	42

SEGUNDA PARTE.

PAGS.

Una buena máxima.....	44
Respetad á los ancianos.....	45
El abismo.....	47
El rio y el arroyuelo.....	48
El amor fraternal.....	50
El árbol caído.....	51
Eugenio y Juan.....	52
La fuente oculta.....	58
Prosigue la narracion.....	59
Encuentro inesperado.....	60
Recompensa.....	61
La flor de la salud.....	63

TERCERA PARTE.

La aldea.....	66
La venganza.....	68
El jardín.....	70
La envidia.....	81
Delito inútil.....	73
La noche y el lucero.....	74
Esas flores no son tuyas.....	76
Alma generosa.....	77
El cordero y el sapo.....	79
La conciencia.....	71
La virtud y la conciencia.....	82
El prófugo.....	86
Pobre madre!.....	87
La vuelta del hijo pródigo.....	92
Conclusion.....	93



OBRAS DE JOSÉ ROSAS

Que se hallan de venta en la imprenta y librería de la V. é hijos de Murguía, Portal del Águila de Oro y en las principales librerías.

FABULAS Adoptadas para servir de texto en las escuelas nacionales y municipales. Tercera edición corregida y aumentada.....	\$ 0 10
LIBRO DE LA INFANCIA.—Adoptado para servir de texto en las escuelas municipales de México. Edición económica.....	0 25
NUEVO LIBRO SEGUNDO para uso de las escuelas. Duodécima edición. A la rústica.....	0 6½
Idem idem empastado á la holandesa.....	0 12½
LA CIENCIA DE LA DICHIA.—Lecciones de Moral, en verso.—A la holandesa.....	0 12½
UN VIAJERO DE DIEZ AÑOS.—Relación curiosa e instructiva de una excursión infantil por diversos puntos de la República.....	0 50
RECREACIONES INFANTILES.—Escenas, cuentecitos y apólogos.—A la rústica.....	0 12½
A la holandesa.....	0 18½
NUEVO MANUAL (en verso) de Urbanidad y Buenas Maneras. Contiene en un apéndice las reglas para trinchar y servir los manjares en la mesa. A la holandesa.....	0 12½
A la rústica.....	0 6½
COMEDIAS INFANTILES.—Cada una.....	0 6½
LIBRO DE ORO DE LAS NIÑAS.—Nuevas lecciones de moral, en verso.....	0 12½
COMPENDIO DE ORTOLOGIA, con un estudio especial sobre la pronunciación y las reglas indispensables para leer correctamente.....	0 0½